

## Ecós del Congreso Mariano de Cali

Cali, 24 de abril de 1942.

Para Gilberto Garrido.

Queridísimo Gilberto:

Ayer me dieron la razón de que te habías confesado con tu sobrino, el joven e ilustre sacerdote Arturo Garrido Campo. Me dijeron igualmente que habías recibido la Sagrada Eucaristía de manos del excelentísimo señor Primado, el santo arzobispo Ismael Perdomo. Después tú me confirmaste personalmente esta noticia y me dijiste, con palabras trémulas, que tu encuentro con Dios era definitivo. Jamás estuviste alejado de El y los que hemos seguido la trayectoria de oro de tu ascendente poesía encontramos en ti tan elevada inclinación del alma. Publico aquí un poema tuyo de otros años para comprobar esta afirmación.

Sé que hace muchos años que no te confesabas, por pereza quizá o por no sé qué tantas cosas. Yo, que he sido con Mario Carvajal uno de tus amigos íntimos y de los que más sinceramente te quieren y te admiran, he recibido de ti ese mensaje con una alegría de clarísimo albor. Tú no te has convertido sino que has vuelto de nuevo al aprisco dulcísimo, en donde el pastor apacienta entre lirios y deja las ovejas amadas para ir en busca de la ovejita perdida y atraerla de nuevo a su regazo con tan amoroso cuidado y tan porfiado celo que se dijera que ella fuera únicamente el tesoro de su gloria. Te has encontrado con tu Señor, plena y varonilmente, sin reticencias, sin cobardías, confesándote humildemente con el sacerdote que lo representa, y has recibido la Eucaristía, que es alimento de las vírgenes, Pan de los elegidos, fortaleza de los mártires, dulzura de los que sufren, cielo en la tierra.

Si te escribo en este día es para presentar tu altísimo ejemplo a los hombres de Cali. Cuántos asistirán esta noche a la gran-

diosa cita que nos vamos a dar con Jesucristo, indiferentes y reacios a su amorosa llamada, al insistente reclamo de su silbo amigo y dulcísimo! ¡Cuántos contendrán las ansias misteriosas que en ellos suscitará la gracia y verán pasar el torrente humano, que camina hacia la sangre de Cristo, sin mezclarse ni confundirse con El! Por ellos debemos orar y ofrecer a Dios los dolores que nos reserve la vida, a fin de que esta noche los venza con su amor y los atraiga a su seno, que es piélagos de luz, inefable delicia de los santos, llama que quema el corazón y lo levanta a las alturas de la santidad.

Tu confesión de fe hecha públicamente nos regocija a todos tus amigos. Nos regocija por el doble valor que ella tiene: porque ha sido hecha por ti, no debido a circunstancias especiales de enfermedad, sino cuando ya has recuperado la salud y en plena vigencia de tus facultades intelectuales, y porque, ocupando tú uno de los sitios estelares de la poesía castellana, podemos decir a los que creen que la confesión de Cristo sólo se hace por parte de gentes oscuras e ignorantes o en los momentos anteriores a la muerte, cuando nos abrumba la inconsciencia y el temor de la ignorada eternidad, que tú, como los grandes poetas de todos los tiempos, lo has confesado con amor y te has rendido ante sus pies, que están clavados para esperar a todos los hombres, en acto espontáneo y libre.

Dios te bendiga con largueza; bendiga a los tuyos y bendiga las cenizas de tu hijo. Y que la Virgen Inmaculada cubra con su manto de luz a ti y a todos los tuyos, y el Corazón de Cristo te guarde para la vida eterna.

ANTONIO LLANOS

